

Pinos nuevos y albarejas viejas

—¡Mira a qué me he dedicado este fin de semana, papá!

El anciano sentado en la silla de ruedas recibe la frase sin hacer gesto alguno de reconocimiento. A pesar de estar desorientado por una niebla espesa que le nubla la mirada, contempla la pantalla del móvil. Apenas distingue nada. ¿Quién será este hombre que le habla? Quizá antes lo conocía. Ahora solo es un rostro más. Uno de tantos. Lucha contra las telarañas que le separan de sus recuerdos, pero se rinde enseguida. No obstante, aparenta que todo es normal, que no tiene dudas. Es mejor disimular. Es posible que una imagen surja de algún rincón del cerebro respetado por la enfermedad.

—¿No está mal la cesta, verdad?—continua su interlocutor con orgullo. ¿Te acuerdas de cuándo me llevabas a coger níscalos al pinar de Villacastín? Siempre decías que había que buscar en los piornales. Bajo los ejemplares jóvenes, llenos de fuerza y alegría, que ayudan a que crezcan entre la pinocha desparramada a los pies de su tronco. Los pinos viejos no sirven para dar la vida. Están cansados. Secos, igual que el vientre de una mujer cuya edad no le permite concebir. Por el contrario, las grandes retamas —albarejas, como tú les llamabas— de ramas retorcidas y pegajosas por la resina, son lugares propicios. En este caso lo que cuenta es la experiencia. Por eso los níscalos, confianzudos, se reproducen año tras año bajo el musgo que crece a su sombra, como una familia que vuelve cada verano a la casa de vacaciones.

Siempre que encontrábamos un buen corro, los clasificabas en función de su destino culinario: «Este, pequeño y redondo, de carne apretada y jugosa, que rezuma de puro frescor, es ideal para prepararlo a la plancha, con un chorrito de aceite y jamón picado. Inmejorable compañía para un par de huevos fritos. Estos otros, más grandes y retorcidos, los cocinará tu madre en ese guiso tan sabroso que hace con pimientos, guindilla y huevo duro. Aquellos, vistosos y macizos, los limpiamos bien y se los regalamos al vecino. Me

ha dicho que los prepara con patatas y le salen para chuparse los dedos. Se pondrá contentísimo».

El anciano mira la foto de nuevo. El característico color naranja pálido de las setas y sus formas redondeadas provocan el milagro de rescatar una imagen, un recuerdo. Por primera vez en toda la tarde, un brillo de reconocimiento asoma a los ojos cansados y una sonrisa socarrona apunta hacia arriba las comisuras de los labios. El rostro vuelve a parecerse por un momento al de antes, al de siempre. Una mano temblorosa se libera del asidero de la silla de ruedas y un dedo nudoso rasga el aire en ademán conminatorio. La voz, ronca y vacilante, se abre paso con cierta dificultad entre las cuerdas vocales:

—Ya sabes, hijo. No lo olvides. Busca siempre bajo pinos nuevos y albarezas viejas.